

RECENSIONES

FRIEDLANDER, SAUL: *Le rôle du facteur américain dans la politique étrangère et militaire de l'Allemagne* (Septembre 1963-décembre 1941). Université de Genève. Institut Universitaire de Hautes Études Internationales. Librairie Droz. Genève, 1963.

Este libro es una tesis presentada por el autor a la Universidad de Ginebra para la obtención del grado de doctor en Ciencias Políticas. El trabajo fué efectuado con la ayuda financiera del Instituto de Altos Estudios Internacionales de Ginebra y de la Fundación Rockefeller.

Se trata de un tema de gran interés de los muchos que se refieren a la segunda guerra mundial y sobre el cual, entre la inmensa bibliografía que estudia este conflicto, realmente se encuentran poquísimas referencias. Particularmente, como señala Friedländer, el estudio de la política alemana con relación a los Estados Unidos, el más poderoso de los neutrales entre los años 1939 y 1941, es una cuestión que no ha merecido de críticos e historiadores toda la atención que se merece y que, desde luego, no ha sido estudiada con el detalle y precisión que él ahora lo hace. Ha utilizado para salir adelante con éxito en su empeño una amplia bibliografía y ha manejado una rica documentación. Verdaderamente, como señala, los documentos que contienen la historia del III Reich constituyen una masa ingente, en la que, no obstante, hay lagunas graves que afectan al esclarecimiento de determinados períodos o cuestiones. Pero, además, deben tener en cuenta las dificultades de interpretación derivadas de las especiales características y estructura particular del sistema político y administrativo de la Alemania nazi, que da lugar a que se perciban a veces grandes contradicciones.

Ha luchado Friedländer con la doble tendencia que, al dar forma a su obra, se le presentaba. No quería limitarse a escribir una historia más de la segunda guerra mundial, limitada a los años 1939 a 1941, ni quería tampoco, por concentrarse en su tema, perder el necesario telón de fondo, a modo de panorámica de todo el conflicto. Podemos asegurar que lo ha logrado con éxito. Ha demostrado lo que seguramente apetecía por creerlo conveniente para dar autoridad a su trabajo y que, como tal deseo, expresa en estas palabras: «un conocimiento profundo tanto de la estrategia alemana, como de la guerra naval y de la política japonesa, de los gobernantes de Vichy y de Madrid, de los acontecimientos de los Balcanes o de los de América Latina».

A lo largo de su obra examina las relaciones germano-americanas desde 1933 a 1939, estudia las valoraciones que hacen los alemanes del factor americano en 1939, considera las características de la presencia del Reich y de los Estados Unidos, en el resto de América, así como las implicaciones en Extremo Oriente. Pasa revista en sus varios capítulos a la guerra en su desarrollo: La campaña de Polonia; la invasión de Dinamarca y de Noruega; la caída de Francia; el asedio a Inglaterra; la batalla del Atlántico; la iniciación de la campaña de Rusia; Pearl-Harbor y la declaración de guerra de Alemania a los Estados Unidos, donde concluye su estudio. Dentro de este orden cronológico, va considerando muy especialmente la posición de los Estados Unidos, primero en sus intentos de mediación, después en su ayuda a Inglaterra, cuando

ésta llega a encontrarse sola; los problemas internos; la campaña electoral americana y la reelección de Roosevelt como presidente; el crecimiento del potencial bélico norteamericano y por último la entrada en la guerra. Y aparte de ello se va fijando con mayor detalle que en otros extremos, en la guerra naval, la posición de Francia, las implicaciones en el continente africano, así como en el resto del continente americano y, muy particularmente, en la postura delicada de España, si bien, desde aquí, su información en este punto ha de parecernos un tanto parcial.

* * *

Pero fijémonos con algún detalle en la tesis y en las conclusiones de tan interesante trabajo, ya que siempre tendrá valor en el estudio de las relaciones internacionales y de los problemas estratégicos que las acompañan la consideración de un caso concreto de tal magnitud y de tan posible parecido con situaciones venideras y aún actuales. Lo haremos a través de una síntesis apretada.

Empieza el autor por formularse cuatro preguntas que son las siguientes:

1. ¿Cómo se considera en Berlín el papel eventual del país cuya entrada en guerra puede determinar la suerte del III Reich, como determinó la del II?
2. ¿Ignoraron los dirigentes nazis la influencia considerable que podría tener una intervención americana sobre el resultado de la lucha?
3. Si fue así, ¿cómo explicar esa ceguera?
4. Si, por el contrario, Hitler comprendió toda la importancia de ello, ¿cuál fué su actitud hacia los Estados Unidos? ¿Qué medidas tomó para impedir su entrada en la guerra? Y, en forma más general, ¿cómo valoró el papel del factor americano sobre sus decisiones políticas y militares durante los dos primeros años del conflicto?

Acto seguido, expone una hipótesis que él no da por buena, por constituir una interpretación ligera, prematura, de la cuestión y que viene a ser la siguiente:

Hitler y sus acólitos ignoraban todo lo que se refería a América. Esperaban mantener a Estados Unidos fuera del conflicto. No se preocuparon de las consecuencias eventuales de una posible intervención. Si ésta se produce, esperaban fuese demasiado tarde para poder influir el curso de los acontecimientos. Mas esta hipótesis da lugar, en cuanto se la examina con cuidado y a la luz de las nuevas investigaciones, a la siguiente contradicción:

¿Cómo conciliar esas suposiciones con las medidas de prudencia adoptadas por los alemanes en la guerra naval y la aparente desenvoltura, con la que animaba a Tokio a la acción, desafiando así el peligro de una intervención americana?

Para resolver todo ello, construye Friedländer su tesis de que el factor americano, conocido en determinadas condiciones por Hitler, influyó notablemente en sus decisiones desde septiembre de 1939 a diciembre de 1941.

En primer lugar, Hitler, apoyándose en los informes que le llegaban por varios conductos, estimaba que no hay que temer una intervención activa, de carácter armado, de los Estados Unidos en un conflicto que se desencadena en Europa. El Gobierno americano está atado de pies y manos por la situación interior. No dispone más que de medios militares muy limitados, embrionarios. Los mismos jefes militares recomiendan al presidente, una vez desencadenado el conflicto y ante la rapidez de los acontecimientos y la amenaza alemana creciente sobre Inglaterra, que detenga los envíos de equipos militares modernos a un país cuya supervivencia no es segura. Pero es que, además, los Estados Unidos están en plena batalla electoral y los partidarios del aislacionismo aumentan su fuerza.

En segundo lugar, hay que registrar el hecho de la situación en Inglaterra y su notable evolución. Durante algunas semanas la derrota británica parece inminente. Pero su heroica resistencia hay que reconocer que hace cambiar notablemente la situación. Es esta resistencia la que salvó al mundo en aquellos momentos de la victoria del

Eje y no la posibilidad de ninguna intervención de los Estados Unidos. Esto trae sus consecuencias para Alemania. En vez de la guerra corta que en un principio se esperaba y sobre la cual Hitler montó su estrategia, hay que adaptarse ya a la posibilidad de un conflicto prolongado. Y en relación con el factor americano, es ahora cuando ya hay que empezar a temer su intervención en el conflicto. Por ello la estrategia del III Reich se dirige entonces a un principalísimo objetivo: impedir la entrada en guerra de los Estados Unidos. Para intentar disuadir a esta potencia necesita fortalecer la posición del Eje y crear rápidamente un bloque europeo bajo su dirección y una alianza firme con el Japón. A su vez, para esto necesita derrotar a la U. R. S. S. en una acción relámpago. Con ello quizá lograría convencer a Estados Unidos de la imposibilidad de la resistencia británica y así reforzar la postura de los aislacionistas.

Pero Hitler, a fin de 1940, se tiene que dar cuenta que esto no es posible. El pacto tripartito no ha asustado a los norteamericanos, sino que más bien lo que ha logrado es exacerbar sus precauciones y medidas diplomáticas. La oposición americana a la política de Tokio se hace más enérgica. Y en Madrid, en Vichy y en los Balcanes luchan también con energía para impedir la formación del pretendido bloque europeo. Aumenta la ayuda a Inglaterra y, para colmo, en Norteamérica se resuelve el punto débil originado por el problema electoral, al ser reelegido como presidente Roosevelt, a quien se tiene por el más encarnizado enemigo del III Reich.

Hitler teme entonces de verdad a la intervención norteamericana. La cree ya inevitable. Y por ello pone todo su empeño en arrastrar a los japoneses al conflicto para no encontrarse solo ante el mundo anglosajón.

Como se ve, según nuestro autor, los Estados Unidos juegan a partir del verano de 1940 un papel esencial en los planes de Hitler, ya que en función de su actitud el Führer ha tomado sus más importantes decisiones políticas y estratégicas.

Para muchos críticos, en efecto, la política japonesa de Hitler puede parecer derivada de una sobreestimación del peligro de intervención americana, al mismo tiempo que de una subestimación de sus consecuencias, ya que en vez de apaciguar a los moderados del Gobierno de Tokio, empujó a los partidarios de entrar en acción. Se resiste Friedländer a dar respuesta a esta cuestión; pero prosigue sus razonamientos para hacer ver cómo el problema puede enfocarse de otra manera haciendo distinta pregunta: ¿Hubiera podido el Gobierno de Washington salvar los obstáculos existentes en la política interna e intervenir en el conflicto, aunque no hubiera ocurrido el ataque japonés? Ante esta nueva pregunta, nuestro autor dice que no hay que olvidar las iniciativas de Roosevelt al principio de 1941 y sobre todo las medidas navales de la segunda mitad del año, que hacían prácticamente inevitables y cada vez más probables los incidentes con Alemania, si bien todavía cabe hacerse la misma pregunta de si esos incidentes hubieran podido ser causa suficiente, por mucha que hubiera sido su frecuencia, para desencadenar la guerra. En esto Friedländer está de acuerdo con quienes creen que sin el ataque japonés los aislacionistas habrían podido mantener a los Estados Unidos fuera del conflicto. Y esta opinión, a nuestro juicio, aunque ellos no lo dicen, da lugar a que se abran nuevas causas de hipótesis en relación con la política interior americana y su influencia en la exterior. Mas por lo que a Hitler y su política se refiere, si se piensa que sin el ataque a Pearl-Harbour no hubiera tenido lugar la intervención norteamericana en la guerra y el Führer era consciente de ello, no cabe duda que él fué, por lo que empujó al Japón a la agresión, el culpable de dicha intervención y, por lo tanto, de la extensión del conflicto, a no ser, y esto parece lo más lógico, y ya se ha apuntado que Hitler considerase la intervención americana como inevitable y en breve plazo y quisiera cuanto antes asegurarse el apoyo del Japón implicándolo directamente en un conflicto armado con los Estados Unidos. En este orden de conjeturas tampoco desecha Friedländer la posibilidad de que el Japón hubiera seguido su política de enfrentarse en un momento determinado con Norteamérica, aunque los alemanes hubieran querido moderar los ímpetus de los belicistas de Tokio.

Parece que la clave de la cuestión está en que Hitler, considerando posible una rápida derrota de la U. R. S. S. y relativamente fácil llegar a controlar un bloque continental monolítico, necesitaba contar con el poderío naval japonés para seguir una

RECENSIONES

política de dominio mundial; lo cual, efectivamente, está de acuerdo con las ideas fundamentales de la geopolítica alemana, como Friedländer recuerda.

Especula acto seguido con lo que la problemática victoria de Alemania sobre la U. R. S. S., de ocurrir, hubiera significado. La victoria de los anglosajones—nos dice—hubiera sido entonces difícil, al menos con medios convencionales exclusivamente. La operación «Overlord» de desembarco en 1944, por ejemplo, hubiera sido irrealizable si 174 divisiones alemanas no se hubieran encontrado empeñadas en el frente del Este. Los bombardeos estratégicos, según indican los análisis posteriores a la guerra, no produjeron más que efectos mínimos sobre la capacidad de resistencia de los alemanes. Pese a ellos, continuó la producción de la industria de guerra del Reich en constante aumento a partir de 1942. Por lo tanto, para derrotar al Reich hubiera sido necesario el empleo de armas nucleares, que probablemente lo hubieran llevado a la capitulación como llevaron al Japón en 1945. En este caso, Friedländer no duda de que la intervención americana hubiera sido decisiva. Pero ocurre que en aquellas fechas las armas nucleares no eran todavía más que una lejana ilusión, aunque por su parte, Hitler, que precisamente parece tenía puestas grandes esperanzas en las superarmas o armas milagrosas, no debió desechar nunca que un país de potencial científico e industrial tan desarrollado como los Estados Unidos, pudieran igualmente preparar alguna sorpresa de este género.

* * *

Resumiendo, en la primavera de 1941, Hitler se encuentra con estas tres incógnitas, que según Friedländer se despejan en parte según apunta:

1.^a *Cuál es el grado de inminencia de la intervención americana.* Posible en sí misma, era probablemente menos inminente de lo que el Führer creía.

2.^a *Intenciones reales de los japoneses.* Sus planes de acción eran seguramente más avanzados de lo que creía Hitler.

3.^a *Capacidad de resistencia de los rusos.* Aun suponiendo que hubieran podido ser vencidos, era su potencia considerablemente subestimada por los alemanes, y ello había de tener sus más graves consecuencias.

Precisamente en relación con este último problema, se define Friedländer y puede estarse fácilmente de acuerdo con él, al considerar que el verdadero error de Hitler, el más importante al menos, ya que cometió algunos otros, fué el de creer que las potencias del Pacto Tripartito podrían enfrentarse simultáneamente con el mundo anglosajón y con la U. R. S. S., lo cual se explica, pero no se justifica, en la falsa valoración de esta última potencia a la que estimó podría vencer en una guerra relámpago, como venció a Francia. Friedländer cree, en definitiva, que Hitler perdió la partida cuando, poco después del comienzo de la contraofensiva soviética ante Moscú, cayeron las bombas japonesas sobre Pearl-Harbor.

En fin, el estudio que nos presenta Friedländer es de los más completos que conocemos sobre el período a que se circunscribe y, como ha podido verse en el extracto de sus conclusiones que hemos hecho, ofrece un auténtico motivo de reflexión a los dedicados a los estudios estratégicos y de política internacional.

JUAN DE ZAVALA.

FOSTER RHEA DULLES: *America's Rise to World Power, 1898-1954.* Nueva York, Harper & Row, 1963, 314 págs.

Existe la impresión, muy generalizada, de que los Estados Unidos empezaron a jugar un papel de verdadera importancia en materia de política internacional sólo en tiempos tan recientes como la segunda guerra mundial, pues hasta su resuelta parti-

RECENSIONES

cipación en la anterior podría considerarse como un tanto episódica, en vista de la fuerza con que poco después se puso en evidencia un aislacionismo renacido. Pero para llegar a una conclusión de esta clase sería preciso pasar por alto hechos y situaciones que han servido, por lo menos, para poner de relieve una especie de impaciencia expansiva que despunta en cierto modo en el momento mismo en que las gentes de las colonias inglesas establecidas a lo largo de la costa atlántica de la América del Norte empezaron a sentir la necesidad de ponerse en movimiento, para avanzar hacia el interior.

Es una tendencia muy temprana y que se acentuó extraordinariamente después de alcanzarse, en esa marcha siempre hacia el interior, la costa del Pacífico, para dar comienzo a movimientos hacia el Sur, en la dirección de Méjico, o hacia el Norte, en la del Canadá. Con compras como la de Luisiana y la de la Alaska, con conquistas, como las alcanzadas a costa de Méjico, esa tendencia expansiva parecía sentirse estimulada con cada nuevo paso de avance y de conquista y acabó encontrando insoportablemente rígidas las limitaciones impuestas por los océanos que bañaban sus costas, para acabar marchando hacia Samoa y las islas Hawai, por un lado, y buscar satisfacción inmediata por el Mar de las Antillas a las necesidades imperiosas de la política del «Manifest Destiny».

A lo largo de su historia, en la presidencia y fuera de ella, ha contado, sin embargo, con buenos y entusiastas defensores el concepto aislacionista que buscaba inculcar a la nación el concepto de peligrosidad que tienen las alianzas, siempre comprometedoras, a la larga. Mejor mantenerse a distancia y dedicarse exclusivamente a la defensa de la libertad y la independencia propias, con mucha simpatía, sin duda, para todo el que tuviese idénticas aspiraciones, pero sin ir más allá, sin permitir nunca, como advirtió John Quincy Adams, en un discurso de singular elocuencia, para conmemorar, precisamente, la independencia de una nación todavía muy joven, que los Estados Unidos se viesen envueltos en «guerras de interés e intriga, de avaricia individual, envidia y ambición, que asumen colores y usurpan el estandarte de la libertad. La máxima fundamental de la política (de los Estados Unidos) cambiaría insensiblemente de la libertad a la fuerza».

Habían pasado muchas, grandes cosas, sin duda, entre este Adams y Grover Cleveland, acaso el último de los presidentes de los Estados Unidos que todavía se pudiesen considerar como realmente antimperialistas, pero la tradición antialianzas, antiexpansionista no había perdido vigencia y en ocasiones ni siquiera una gran vitalidad. Eran tremendas ya, casi irresistibles las presiones expansionistas cuando empezó él a pronunciar su discurso inaugural, en 1885. Pero aun a pesar de eso—a causa de eso más bien—insistió con mucha claridad en un tema que también ha ejercido especial influencia en la historia del desarrollo de la nación norteamericana.

«El genio de nuestras instituciones, las necesidades de nuestro pueblo en su vida de hogar y la atención que se requiere para la solución y desarrollo de los recursos de nuestro vasto territorio dictan la evitación escrupulosa de cualquier desviación de la política exterior recomendada por la historia, las tradiciones y la prosperidad de nuestra República. Es la política de independencia, favorecida por nuestra posición y defendida por nuestro amor a la justicia y por nuestro poder. Es la política de la paz adecuada a nuestros intereses. Es la política de la neutralidad que rechaza cualquier participación en cualesquiera pendencias y ambiciones extranjeras en otros continentes y repulsa su intrusión aquí. Es la política de Monroe y de Washington y de Jefferson: «Paz, comercio y una amistad honrada con todas las naciones; y alianzas comprometedoras con ninguna.»

Pero entre un presidente y el otro habían mediado muchas cosas, entre ellas un espíritu de empresa, de aventura, de avance y de conquista y de expansión que encontró un intérprete ideal en Walt Whitman:

*Have the elder races halted?
Do they drop and end their lesson,
Wearied over there beyond the seas?
We take up the task eternal.*

RECENSIONES

(¿Han hecho alto las razas más viejas?—¿Se caen y terminan su lección,—cansadas, allá, al otro lado de los mares?—Nosotros nos hacemos cargo de la tarea eterna.)

La lección de otras razas no se había perdido. La doctrina de Monroe es uno de los casos más inconfundibles del espíritu y el propósito imperialista. Y la expansión de la autoridad, cuando no todavía el poder, de los Estados Unidos, Pacífico adelante, por Samoa y las Hawai, ¿qué es? El profesor Foster Rhea Dulles advierte, en este admirable compendio de la política exterior de los Estados Unidos durante un medio siglo memorable, que ya se pensaba en la anexión de Hawai a mediados del siglo XVIII, para empezar en serio con el arriendo allí de una estación naval, en 1887, con Grover Cleveland en la Casa Blanca. «Ante las protestas vigorosas—dice Dulles—de Inglaterra y Francia, pues estas dos naciones estaban tramando para llegar al establecimiento de un protectorado conjunto sobre Hawai similar en cierto modo a lo que se había establecido en Samoa, los Estados Unidos se negaron a admitir limitación alguna extranjera sobre su política para Hawai.»

Los proyectos de Francia e Inglaterra eran maquinaciones imperialistas; lo que los Estados Unidos hacían no era más que una noble y honrada política encaminada a garantizar y consolidar la libertad y la independencia de los norteamericanos con intereses en Hawai. O con la esperanza de tenerlos. Claro que siempre podía tropezarse con alguien dispuesto, aunque no se lo propusiese, a malograr la fiesta, al presentar las cosas como son. El profesor Dulles recuerda muy oportunamente la declaración del senador John T. Morgan, de Alabama, ardoroso defensor del expansionismo norteamericano: «Hemos plantado un Gibraltar en el corazón del Pacífico, que es más fuerte y más útil que el Gibraltar que domina el mar Mediterráneo.»

Y lo que empezó a ganar terreno y mucha influencia a continuación, con hombres en la presidencia como McKinley y Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson y Calvin Coolidge, con escritores, políticos y agitadores como el almirante Mahan, el senador Henry Cabot Lodge, es algo que por llegar hasta nuestros mismos días está vivo aún en la mente de todos. El senador Lodge llegó a abogar abiertamente por la compra de las Indias Occidentales danesas y hasta a insinuar la conveniencia de comprar también la Groenlandia y a insistir una y otra vez en la dominación absoluta norteamericana en las Antillas, con la anexión de Cuba. «Las grandes naciones—explicó en un artículo—se hallan absorbiendo con rapidez, para su futura expansión y su defensa actual, todos los lugares desiertos de la tierra. Es un movimiento del que salen la civilización y el progreso de la raza. Como una de las grandes naciones del mundo, los Estados Unidos no pueden quedarse atrás en esta línea de avance.»

Para avanzar bien la decisión de avanzar se necesitaban, ante todo, medios, poder, una gran marina de guerra, que era lo que venía pidiendo, una y otra vez también, el almirante Mahan, quien encontró en el primero de los Roosevelt estímulo y aliento, hasta el punto de aconsejarle, en una carta, que se plantase la bandera de los Estados Unidos en las Hawai y «se dejasen los detalles para una acción posterior», más o menos lo mismo que se había aconsejado—y decidido—que se hiciese en Panamá. Y llevado de su entusiasmo, llegó a proclamar, en un discurso dedicado a reforzar la posición de Mahan en demanda de una gran marina, pronunciado en el Colegio Naval de Guerra, que «la paz es una diosa sólo cuando llega con la espada al cinto, colgada sobre el muslo». Mejor sería contemplar las cosas tal y como son y darse cuenta perfecta de que «el diplomático es el siervo, no el amo del soldado».

Cuando llegó el momento de situarse a la vanguardia de la mayor parte del mundo, la posición de los Estados Unidos era ya extraordinariamente fuerte. Y a la sombra de una tradición anticolonialista y aislacionista se fueron colocando los peones para la jugada decisiva. Por un lado, la tradición, que ponía en guardia a la opinión contra las alianzas comprometedoras; por el otro, una política expansionista, que era, bastaba pensar un poco para darse cuenta de ello, un aspecto fundamental de la vida y el carácter del norteamericano.

Calvin Coolidge, en su discurso inaugural de 1925, decía, con palabras que recuerda el profesor Dulles: «Hemos sido y nos proponemos ser más y más norteamericanos. Creemos que podemos servir mejor a nuestro propio país y desempeñar con más éxito

RECENSIONES

nuestras obligaciones para con la Humanidad al continuar siendo abierta y candoramente, intensa y escrupulosamente norteamericanas. Si tenemos alguna herencia, ha sido eso. Si tenemos algún destino, en esa dirección habremos de encontrarlo.»

Mientras tanto, la marcha expansiva continuaba y si para ello era necesario el envío de Infantería de Marina a Nicaragua, se haría sin vacilación, como sin vacilación había sido enviada por Wilson a Méjico y por otros presidentes a distintas repúblicas hispano-americanas. Pero esto no era conquista, ni imperialismo, ni opresión de ninguna clase, pues eso estaría en contradicción con el espíritu y la misión de un país acostumbrado a escuchar, una y otra vez, los consejos dados originalmente por los primeros presidentes de la nación. ¿Cómo se explicaba eso?

Habló de ello en una ocasión Richard Olney, secretario de Estado, en un artículo aparecido en la revista *Atlantic Monthly*, en mayo de 1898, el año de guerra con España. Decía: «Una regla de política que tiene su origen en Washington, preeminentemente sabia para su época y siempre desde entonces enseñada en las escuelas, elogiada en la tribuna, predicada desde el púlpito y desplegada en letras mayúsculas y bastardilla en manuales políticos e historias populares en cantidades incontables, llega casi a ser parte de la constitución mental de las generaciones hacia las cuales va descendiendo. La aceptan sin saber por qué y actúan sobre ella sin la más pequeña consideración a su ambiente, radicalmente nuevo.»

Es una explicación excelente, tan buena como, por lo menos, esta admirable presentación de la política exterior de los Estados Unidos.

JAIME MENENDEZ.

FÉLIX FERNÁNDEZ-SHAW: *Panamá y sus relaciones centro-americanas*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964, un volumen de 322 págs. S. P.

Félix Fernández-Shaw, con cuya colaboración se honra nuestra Revista, ha adquirido ya, pese a su juventud, una sólida reputación mundial como especialista de primera clase en muchos problemas internacionales. El *Statesman's Year Book*, tan refractario a las citas de bibliografía hispánica, ha tenido que incluir la monumental obra *La Organización de los Estados Americanos*.

Como el autor sirve en la Embajada de España en Panamá, la especialización que revela este libro acredita que no pierde el tiempo en su destino. Panamá es por sus peculiares e inimitables circunstancias, un observatorio excepcional para conocer *por dentro* muchas realidades de la vida interamericana. La misma República de Panamá, la más joven del conjunto interhispánico, es un país singularísimo. Su población tiene rasgos de las de Nicaragua, Colombia y hasta Santo Domingo. Su economía recuerda a la libanesa. Su marina, a la liberiana. Su «zona del Canal» al Egipto anterior a Nasser. En realidad, es un *cross-road* con todas las implicaciones y complicaciones que ello supone, entre las cuáles el autor toma como punto de partida la de si Panamá es *centro* o *sudamericana*. Que es lo que el Gobierno de ese país preguntó al geógrafo español—naturalizado panameño—Ángel Rubio en 1950. Rubio, tras de un concienzudo estudio, concluía que Panamá es centroamericano por geografía y geología, pero sudamericana por arqueología e historia. Y añadiremos: políticamente, flota entre ambas orientaciones, y más aún alrededor de otra más, difusa, simplemente del Caribe (porque la panpacífica no existe). Su posición a caballo de dos áreas, brinda posibilidades a la política panameña, que, sin embargo, poco a poco se aproxima insensiblemente a Centroamérica. En el istmo centroamericano, cuando se dice «América Central», suele incluirse a Panamá.

Fernández-Shaw, con minucioso acopio de documentación, estudia los tres aspectos principales del problema. El político, el económico y el cultural. Políticamente, las Cartas de 1951 y 1962 brindan a Panamá la posibilidad de adhesión. Culturalmente, los convenios de unificación educativa y de titulación y ejercicio profesionales

RECENSIONES

de 1962, ofrecen igual posibilidad. Económicamente, la situación es menos clara, aunque algún pacto—como los viarios de 1956 y 1958—, permiten también la adhesión. Pero no lo hacen los acuerdos de Libre Comercio e Integración Económica de 1958, y los varios acuerdos de San José de 1959. Veladamente, se permite la adhesión de los «demás países de Centroamérica» en el Convenio de El Poy de 1960 (Asociación Tripartita Económica de Guatemala, Salvador y Honduras). Lo que repite el General de 1960.

En el aspecto de las tentativas de aproximación política de Panamá a Centroamérica, se nota la modernidad y la timidez de las iniciativas, a causa del correlativo retraso en los esfuerzos de asociación centroamericana. Y añadiríamos nosotros que por las hipotecas exteriores que pesan sobre el *status* panameño. Panamá suele participar en las reuniones de aquel carácter, pero generalmente como observadora: la invitación recibida en 1961, del secretario de la O. D. E. C. A., fué contestada con una amable dilación; en 1962, la ciudad de Panamá se ofreció como escenario de la VI Reunión de cancilleres centroamericanos.

En cambio, Panamá participa en la organización de municipalidades Centroamericanas, que han declarado en 1960 que Panamá «es parte de la nación centroamericana».

En el aspecto económico, Panamá oscila entre las siguientes tendencias: 1) no integración, para conservar las ventajas de su singular posición económica, difícil de armonizar con cualquier integración exterior; 2) la Unión o la Asociación con la zona del Canal, que tiene partidarios, más que numerosos, poderosos; 3) Unión Gran Colombiana: Panamá firmó la Carta de Quito en 1948, pero no la ratificó; 4) Mercado Común Centroamericano; es el tema de la segunda parte del libro, y su mayor realización es el Tratado de comercio preferente con Costa Rica y Nicaragua de 1961; 5-6) Asociación Latinoamericana de Libre Comercio; Panamá la mira con cierto recelo, y más bien desea servir de enlace entre el área económica centroamericana y la A. L. A. L. C., uno de cuyos miembros más potentes, Méjico, está al norte del istmo. 7) Mercado Común Iberoamericano (por el momento, mero proyecto). Para orientar a los lectores por la confusa madeja de pactos—más bien teóricos—en la materia, el autor señala los acuerdos que ligan a Panamá con todos los países centroamericanos y otros; con algunos países centroamericanos y *alguno* más, y *sólo* con países centroamericanos. Panamá, por ejemplo, está ligado a Centroamérica en centros de nutrición, de tecnología industrial y de Administración pública.

En fin, culturalmente, Panamá ha participado en las reuniones del Consejo Superior Centroamericano y del Consejo Cultural y Educativo de la O. D. E. C. A.

Como complemento del texto, el libro inserta una nutrida y sustanciosa colección de textos internacionales relacionados con la materia. Es, pues, una buena, completa e instructiva obra, indispensable al interesado en la materia, tan poco cultivada entre nosotros.

J. M. C. T.

JACQUES BERQUE: *Los árabes de ayer y de mañana*. Fondo de Cultura Económica. Méjico-Buenos Aires, 1964, 451 págs.

Es indudable que uno de los mayores valores de estabilidad y continuidad en los países que ahora componen el denominado «Mundo árabe», consiste en que gran parte de sus sectores geográficos, políticos y geopolíticos ocupan los territorios esenciales del que se llamó «Antiguo Oriente», y fué cuna de los primeros imperios tanto como de las principales civilizaciones y religiones. En los momentos actuales, el Mundo árabe se encuentra, por una parte, con los valores estáticos de esa enorme herencia tradicional, y por otra parte, con la responsabilidad de una posición de vanguardia en una de las mayores encrucijadas actuales de los problemas internacionales. En sus estructuraciones humanas inmediatas, dicho mundo se compone de una serie de pue-

blos donde lo arábigo se mezcla y se diluye entre otros factores raciales muy diversos; pero que han encontrado una nueva forma de unidad por el uso del mismo idioma y la cultura a la cual sirve de soporte. En sus evoluciones políticas contemporáneas, la cuestión más grave de las naciones árabes es que sólo han alcanzado su independencia política ante los colonialismos, a costa de sufrir unas transformaciones internas que han sido y siguen siendo muy radicales e incluso muy dolorosas. Para recuperar o adquirir sus nuevas existencias como Estados modernos, han tenido que pagar el precio de unas despiadadas adaptaciones a los cánones extranjeros y a sus nuevas técnicas.

Estas contradicciones son acentuadas por las presiones que sobre los países del arabismo de hoy, ejercen las nuevas circunstancias permanentes de estar allí el eje político mundial entre los continentes asiático, africano y europeo (sobre todo en las confluencias aéreas y navales). Lo milenario y la actualidad palpitante se superponen y confunden; como, por ejemplo, cuando en Egipto su nueva Al'a Presa de Assuán se construye con el mismo sentido macizo que las pirámides de los Faraones. La aceleración de los enlaces políticos cosmopolitas, arrastra a los árabes en su desarrollo social; pero sin querer perder sus estructuras más íntimas de orígenes intuitivos y pasionales. Así, uno de los rasgos más verdaderamente personales del Mundo árabe es que en él lo eterno y lo transitorio, lo sublime y lo tribal, la furia de la existencia obligada y la fidelidad a lo esencial que quiere permanecer, se unen en los mismos actos y las mismas tensiones. La vida de los árabes de hoy encuentra tanto su desgracia como su riqueza en la acumulación y el desgarramiento de los límites imprevisibles.

Jacques Berque, que en París y en el «College de France» es catedrático de Historia Social del Islam Contemporáneo, ha emprendido el estudio de conjunto de la evolución política árabe moderna. Tomando como base ese desgarramiento que, por un lado, «proclama lo total y lo continuo», y por otro lado obliga a que la continuidad y la totalidad se rebelen contra ellas mismas.

Si quisiéramos explicar los propósitos y la realización de Jacques Berque de un modo tan fácil como pintoresco, podríamos decir que en su libro *Los árabes de ayer y mañana* («Les arabes d'hier a demain» en su versión francesa de la Editions du Seuil en París) ha intentado hacer un psicoanálisis colectivo del arabismo en funcionamiento. En las actualidades de sus pueblos y en las directrices de sus gobernantes, predominan ahora una serie de factores convulsivos. Como muchos de sus mejores herencias tradicionales se habían convertido en frenos o en causas de sufrimientos durante el período colonial, ahora identifican lo tradicional con lo colonial mismo; y así se autodesruyen orgánicamente con la prisa del modernismo. Berque dice que el arabismo posterior a la segunda guerra mundial quiere rehacerlo todo, y pone su mayor empeño en ensayar revoluciones del determinismo y la libertad. Hay una «ruptura del hombre tradicional»; pero también el angustioso deseo de un nuevo equilibrio entre lo viejo y lo nuevo, el *Qadím* y el *Yedid*.

Contemplando todo el Mundo árabe desde una perspectiva exterior, resulta evidente que lo más impresionante para el observador ajeno a él es la reinstalación de sus países en la vida internacional. Es un restablecimiento de enorme interés para el político como para el sociólogo, el historiador y el cronista del acontecer contemporáneo. La reinstalación se acelera en nuestros días. Berque dice: «Hay menos distancia recorrida desde los semicoloniales de 1914 hasta los reivindicadores de 1920 y desde estos últimos hasta los insurgentes de 1925, que desde los emancipados de 1945 hasta los ciudadanos de 1960, y la que habrá sin duda desde estos últimos hasta los árabes de mañana. A continuación, la exposición de Berque sobre el predominio de los valores de lo político se va articulando en la relación de la política árabe con el progreso social, así como con la práctica de lo político reformador dentro de los grupos, los partidos y otras formaciones estrechas; las grandes formaciones; los caudillos, y al final «el otro», es decir el extranjero colonialista.

Varios sectores más de la evolución que el libro *Los árabes de ayer y de mañana* estudia en capítulos muy precisos, son: el enfoque de lo económico y lo financiero; el acceso a la técnica; las vacilaciones acerca de la empresa; la tipología del diri-

RECENSIONES

gismo próximo-oriental, y la del Socialismo árabe; la intercesión de la mujer, y los rebasamientos de las nuevas generaciones... Todo esto puede quedar articulado dentro de una marcha que Jacques Berque denomina «ley de los tres estados». El primer estado se refiere a la unanimidad en la reivindicación nacional y nacionalista; el segundo, a una búsqueda de la estructura a través de la polémica teorizante; por último, la evolución hacia formas cada vez más dóciles a los imperativos de la conciencia internacional.

En el fondo, lo esencial del arabismo mundial en los años corrientes, consiste en el establecimiento de una simetría entre lo político y los demás modos de su evolución. A la vez se aspira «a recuperar la unidad consigo mismo y con los demás». Dicha unidad no se refiere en el arabismo moderno a factores étnicos ni religiosos, y sólo relativamente a factores territoriales. Es un estado de conciencia de unidad de percepciones y expresiones entre quienes hablan árabe, desde Tánger hasta Mascate. Sin embargo los detalles de la exposición que Jacques Berque hace en su obra se refieren casi exclusivamente al sector del arabismo oriental: es decir, el que se extiende desde Egipto hacia el Golfo Pérsico. No se trata, por tanto, de los países norteafricanos (a pesar de que Berque tiene con ellos mayor intimidad), porque considera que los más claros valores de ejemplos dentro de la evolución política y anímica general, se perciben mejor en el sector más activo: o sea el acumulado entre el Líbano, la R. A. U. y el Iraq, con Siria y Palestina.

Circunscribiéndose a aquel sector del Este mediterráneo, se viene a desembocar en la pregunta: ¿qué es el Oriente árabe? Berque comenta: «El Oriente es, sin duda, Abraham, pero Abraham que reverdece.» Luego añade que la miseria y la grandeza de ese Oriente del arabismo (de su *Mácriq*) es ofrecer mezclados los valores contrarios; no contentándose con mezclarlos, sino esperando de su acumulación un remedio para los problemas del presente. Así, el punto clave de las tensiones y las presiones en la política y lo político del arabismo, acusa la desproporción entre el decir y el hacer; así como la disputa (agravada por el residuo colonial) entre la justicia y la eficacia. La solución está en las mediaciones y los compromisos. Para Jacques Berque, la verdad sobre la práctica política de los países árabes es que en ellos todo se hace mediación, superposición de mediaciones, y decisiones en conciliábulos de grupos yuxtapuestos.

Al final y en resumen, las consecuencias que saca Jacques Berque sobre el porvenir político y político-social del arabismo, es más bien optimista; con un optimismo realista que no lo encuentra todo bueno ni aceptable, pero que reconoce los valores constructivos de unas oscilaciones que tienden a las mejoras aunque no siempre acierten en el hallazgo de los medios para lograrlas. Su estudio ha tratado, evidentemente, de reducir muchos de los contrastes que impresionan y extrañan entre las dos orillas meridional y septentrional del Mediterráneo. Y esto resulta tanto más útil en cuanto que las orillas del lado Sur están precisamente habitadas por los pueblos de lengua árabe. De los cuales se ha podido decir con amarga exactitud, que: «han sido durante mucho tiempo el objeto más que el sujeto de su propio apremiante destino».

RODOLFO GIL BENUMEYA.

ADRIANO MOREIRA: *Ideologías políticas. Introdução á Historia das teorias políticas.* Lisboa, 1964. Instituto Superior de Ciências Sociais e Política Ultramarina. Companhia Nacional Editora, un volumen de 248 págs.

En España se conoce generalmente a la prestigiosa figura intelectual de Adriano Moreira, por su dedicación y su producción en el campo de los problemas ultramarinos, y principalmente de los políticos. A esta conocida faceta pertenecen sus obras clásicas como «O problema prisional de Ultramar», «Portugal e o artigo 73 da Carta

das Nações Unidas», y sobre todo la monumental «Política ultramarina»; más una quincena de trabajos no menos meritorios. Pero también cultiva otras disciplinas científicas diferentes, si bien relacionadas con las anteriores. Así lo acredita su «Direito corporativo», publicado en 1952; el estudio «Evolução das Relações Leste-Oeste», y en fin, la presente *Introdução*, denominación que puede admitirse por las proporciones materiales del libro—modestas—, pero no por la valía de su contenido, que equivale a la de muchos *Tratados*, y supera a la de bastantes clásicos. Y el lector encuentra, que Moreira es un digno descendiente de los policientistas clásicos, en cuanto que su especialización ultramarina no ha perjudicado su restante formación cultural, ni significa una mengua de los valores intelectuales que convergen en su tarea como profesor de la Universidad Técnica de Lisboa, explicando la Cátedra de igual título que la obra que presentamos en el año lectivo 1963-64. Como peninsulares, nos sentimos orgullosos de este valor de nuestra generación, al que quizá no conozca el mundo cultural de Occidente todo lo que se merece.

La obra que presentamos tiene, a nuestro modo de ver, una virtud típica—entre muchas adicionales—y un posible defecto, que quizá apreciamos ya en alguna otra obra del mismo autor. Seremos breves en la indicación de una y otra cualidad. La virtud es la claridad de concepto y la precisión de razonamientos, no excesivamente frecuente en las publicaciones de Ciencia política, quizá por la nebulosidad de conceptos—muchos en construcción y otros en controversia—y a veces por la voluntaria deformación de los autores, que sustituyen el papel de maestros-guías y expositores por el de abanderados de una doctrina, o de unos prejuicios. Moreira triunfa de ese peligro, con su mente lúcida y su sólida formación, con sus dotes de expositor claro y concreto y con su encomiable equilibrio entre sus deberes de portugués, que no puede rozar las cuestiones que afectan a su país, como si fuera un marciano, y el también deber de permanecer fiel a la verdad objetiva, por el que vela cuidadosamente.

El posible defecto del libro, arranca de la lectura de su sumario, y puede explicarse por los antecedentes determinantes de su redacción. El lector encuentra que todas las materias recogidas están bien y que ninguna sobra; pero que su selección y su sucesión no están lo suficientemente trabadas como para agotar la disciplina, produciendo la sensación de que se han escogido algunas de las más importantes cuestiones incluíbles dentro de la amplia rúbrica de Historia de las Teorías políticas, a expensas de otras, pretéridas u omitidas. Ahora bien: si tenemos en cuenta que según la Nota previa que figura a la cabeza del libro, se recogen los «apontamentos de lições preparadas» inicialmente en forma oral, con el concurso de su asistente, doctor José de Sousa e Brito, comprenderemos que la obra refleja un fenómeno que se da en todos los países, cuando se publican explicaciones universitarias; y que aun siendo exacta la observación que venimos formulando, el autor ha hecho mucho mejor en publicar ya los *apontamentos*—ordenados, revisados y completados con bibliografía—que si por escrúpulos intelectuales y falta de tiempo hubiera ido retrasando la publicación con peligro de que nunca llegara el momento de darla a la imprenta. La balanza entre el *haber* y el *deber* anotados, es francamente favorable al primero, y de ahí nuestro deseo de que este excelente libro—al que no conocemos equivalente exacto en castellano—se difunda en los medios universitarios españoles, ya que no podemos creer que haya un solo estudioso español, de lengua castellana o catalana, que no comprenda de un tirón el excelente idioma portugués en que aparece redactada la obra.

Y como no podemos—por apremios de espacio—comentar al detalle el contenido del libro, sigamos su índice, bastante expresivo para el conocimiento del libro, dividido en dos partes: Introducción al estudio de las ideologías políticas, y aspectos generales de los conflictos ideológicos en el plano mundial (ya ve el lector cómo era razonable nuestra observación sobre la yuxtaposición de materias diferentes). Moreira empieza por estudiar la historia de las ideologías y la ciencia política: conceptos, metodología, síntesis, relaciones, métodos de estudios e instrumentos de las ideologías (grupos de presión, partidos, instituciones). Sigue luego por los problemas metodológicos: objeto, fuentes y lo que rotula «estática» (regímenes, sistemas) y «dinámica» (causalidad, actitudes) para pasar a la problemática de las ideologías: problemas sociales internos

RECENSIONES

(en los que incluye a los de los grupos políticos, la familia, las instituciones, la demografía, etc.), y los problemas internacionales (sociales y de coexistencia). Con ello cierra la primera parte del libro, más breve que la segunda. En ésta acomete el candente tema del apaciguamiento ideológico—relacionándolo certeramente con la crisis del Estado y la balanza de poderes—para continuar por los Derechos del hombre y la balanza de poderes, centrándose en el texto onusiano de 1948, la autodeterminación y otros problemas conexos.

El capítulo que sigue, «Fronteras ideológicas», transporta el tema a los grandes espacios y las fronteras naturales, el mundo cultural e ideológico, general y operativamente. Lo que le permite pasar al estudio de los grandes espacios, la organización regional del mundo y el repudio del gregarismo.

Más tarde estudia la autodeterminación y la guerra fría. El neutralismo, y la seguridad colectiva (alianzas, sistema general de la Sociedad de Naciones y de la O. N. U., etcétera). En estos últimos capítulos es donde la materia parece más espigada y con huecos, quizá inevitables, para no extremar las dimensiones de la explicación hasta límites enciclopédicos.

La bibliografía con que se cierra la obra, nos sugiere un afectuoso reproche: no encierra una sola mención de libros emanados de plumas españolas. Es un pecado común a portugueses y españoles, en sus recíprocas relaciones literarias y científicas. En otro autor de menor valía, no nos hubiera llamado la atención. Pero Moreira, quizá *malgré lui même*, tiene ya dimensiones biográficas que exceden del marco de su Patria. Está incluso dentro del mundo cultural de lengua castellana como valor propio. Y conoce muchos libros, que en la forzosa selección bibliográfica, quizá no merecieron (por comparación a otros extrapeninsulares citados) ser omitidos: libros especializados en ideología políticas.

J. M. C. T.

INSTITUTO INTERAMERICANO DE ESTUDIOS JURÍDICOS INTERNACIONALES: *Organizaciones internacionales no americanas. Instrumentos constitucionales*. Washington, 1964, un volumen de 570 págs.; 1,50 dólares.

El Instituto autor de esta obra, es una Corporación cultural y científica creada por una Mesa Redonda de profesores de Derecho internacional del Hemisferio Occidental, reunida en Costa Rica del 31 de marzo al 5 de abril de 1963. Llena el vacío dejado por el antiguo Instituto Americano de Derecho Internacional y en sus Estatutos se percibe un cierto paralelismo con el Instituto Hispano-luso-americano de Derecho Internacional, si bien aquél es puramente interamericano.

Tiene un miembro correspondiente español, el profesor-embajador doctor Luna García, y deja abierta la puerta a la presencia de otros correspondientes españoles. Por lo que sabemos de sus actividades y planes, este Instituto ha nacido dotado de recursos materiales y servido por notables figuras del *iusinternacionalismo* americano.

La publicación que presentamos aspira a ser eminentemente práctica, y creemos que cumple su finalidad. Nosotros venimos preconizando desde hace mucho tiempo la conveniencia de poner al alcance de la masa de los estudiosos de estos problemas, el texto original de los instrumentos diplomáticos que suelen citarse de memoria o a base de referencias y extractos con todos los peligros que ello acarrea. Lo demuestra la publicación—en este Instituto de Estudios Políticos—de nuestros cuatro volúmenes de «Textos Básicos» de la Organización Internacional, de América, y de África (en general y en especial) ciertamente envejecidos, pero siempre susceptibles de actualización.

La compilación del Instituto Interamericano, sólo de muy tarde en tarde registra alguna nota. Sus transcripciones en lengua española son la versión oficialmente adoptada en algunos casos, y la traducción aceptada en otros.

Los instrumentos recogidos pueden clasificarse en tres partes, de diferente valor

aportativo. La primera contiene la Carta de San Francisco y el Estatuto del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya. Es lástima que la ausencia de notas deje al lector ignorando los acuerdos de complemento de la Carta. Por ejemplo, creando la Pequeña Asamblea o la Comisión de los XXIV. Y que no se inserten algunos apéndices como las Declaraciones de Derechos Humanos, contra el Genocidio, Anticolonialista y de Derechos y Deberes de los Estados. Y esta lamentación nuestra tiene una base en que cuando más adelante el libro inserta el Estatuto del Consejo de Europa, añade la Declaración Europea de Derechos Humanos y su protocolo adicional «lo que corrige la sumariedad respecto de los complementos de la carta».

La segunda parte se nos antoja la más útil de todas, o por lo menos en España, donde cuesta trabajo encontrar los textos constitutivos de las llamadas «agencias especializadas» de la O.N.U. A saber: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (citamos por el orden de inserción en el libro), Fondo Monetario Internacional, UNESCO, FAO u OAA, OMS, OIT, UPU, UTI, OACI, OCMI, OMM y «Organismo» (Agencia) Internacional de Energía Atómica. Falta, como el lector verá, la GATT (o Acuerdo General de Aranceles y Tráfico) que ha llenado el hueco de la organización comercial proyectada en la Carta de La Habana. También podría haberse añadido el texto orgánico de la CFI (Corporación Financiera Internacional), ya que no los del SUNFED y de la UNICEF. Hay un poco de convencionalismo en la selección de los anexos—generalmente técnicos y de detalle—de esos instrumentos. Se recogen, por ejemplo, generosamente los del Fondo y en cambio se omiten otros, por ejemplo, de la UPU. Pero lo omitido no es en ningún caso fundamental y nos abstendremos de censurar un criterio que produce el buen resultado de no desorientar al estudioso predisponiéndole a que confunda lo básico y lo accesorio.

Lamentamos mucho decir que la tercera parte del libro, consagrada a los organismos regionales no americanos, es deficientísima. Por dos graves defectos—fácilmente subsanables en una futura edición, que no dudamos acometerá el Instituto—, cuales son la omisión de importantes instrumentos de ese tipo y la inserción de textos reformados ateniéndose sólo a las versiones originales. Esto sucede con el del Consejo de Europa, en el que no figuran los representantes helvéticos en la Asamblea, y en el de la OTAN, en el que no se recogen las alteraciones del área que cubre producidas por la accesión de Turquía y Alemania Federal y la baja de los que fueron «departamentos franceses de Argelia». Además, los textos instrumentales exclusivamente no dan idea completa de las variaciones estructurales de los organismos. Por ejemplo, en la OTAN desde los acuerdos de Lisboa de 1952.

Pero lo peor son las omisiones. ¿Por qué insertar la Carta de la OTAN, y no las de la Unión Europea Occidental, la OTASE (o SEATO), y la CENTO? ¿Por qué la de la CEE y no las de las otras dos comunidades gemelas—tan gemelas que tienen órganos comunes—que son la CECA y la EURATOM? Falta también la EFTA o Asociación Europea de Libre Comercio, el Plan Colombo, la ASA, la *Komekom*, la Comisión de los Mares del Sur, el Pacto ANZUS, el Consejo Nórdico, el Benelux, el Pacto Ibérico, y si se quieren la UAMCE, el *Club* de Casablanca, la UEIAO (*Club* de Accra), la Entente Sahel-Benin, la URAC, etc., etc.

Por otra parte, en otro volumen (que no conocemos), pero que se anuncia en éste, relativo a los instrumentos básicos del Sistema Interamericano, se advierte que a los textos se añaden *notas*. Esto es lo que deseáramos para la segunda edición del libro que presentamos, coronando así una fecunda y útil irrupción en el campo de los estudios internacionales de orden jurídico, como es la efectuada por el Instituto. El lector deberá tomar nuestras observaciones anteriores, como la expresión de un deseo constructivo de criticar colaborando. No como una censura que carecería de base, porque lo que todos los estudiosos de lengua española deben hacer, es animar y estimular las perspectivas de labor científica que prometen los excelentes soportes iniciales del Instituto.

J. M. C. T.

JULIO COLA ALBERICH: *El Congo (1885-1963)*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964, 415 págs.

En su recién publicada obra *El Congo (1885-1963)*, Julio Cola Alberich nos brinda una panorámica muy completa de un país que tantas preocupaciones ha causado, causa —y acaso causará— a quienes pretenden, desde dentro y desde fuera, encarrilarlo por los raíles de la paz, el orden y la prosperidad.

Como acaece cuando se conoce a fondo una cuestión, y además se la comprende —no siempre suceden ambas cosas—, Julio Cola Alberich trata el tema con cierta cautela, es decir, rehuendo de los juicios apresurados y tajantes, considerando los hechos, recelosamente, desde diversos puntos de vista y haciendo luego la síntesis de esas verdades fragmentarias que permite aprehender la verdad. Esa verdad se le impone—y así se lo hace ver al lector—como compleja y al mismo tiempo clara.

El sistema expositivo adoptado por Julio Cola Alberich en *El Congo*, es el clásico, o sea el cronológico; su acierto personal estriba en la forma, a la vez precisa y amena, con que nos lleva a través de ese país, cuya geografía y población utiliza como punto de partida. La obra toma vida de modo inmediato al adentrarnos en el relato del nacimiento del «Estado independiente del Congo». Explorado por Stanley—el Congo fué una de las últimas regiones de Africa tropical en ser explorada—, después de diversas vicisitudes, ese territorio fué adquirido cual una finca, o poco menos, por Leopoldo II, siendo posteriormente objeto de una serie de artilugios jurídicos merced a los cuales el Congo, de empresa particular, llegó a ser «soberano» y «Estado». Ello no impidió que, por testamento, Leopoldo II traspasara sus derechos sobre el Congo a Bélgica. En 1908, Bélgica «asumió» la soberanía del Congo, que se convertía en colonia. Tales cubileteos jurídicos, con sus correspondientes protestas por parte de las demás potencias, son recogidos por Julio Cola Alberich con objetividad de historiador que se abstiene de tomar partido y hasta resiste la tentación—fácil tentación—de salpicar de humorismo unas peripecias que actualmente nos parecen pintorescas, aunque estuvieran a tono con una época. La misma objetividad preside su descripción del «Congo en 1885», sea cuando Bélgica puso manos a la obra de sacar ese territorio de la barbarie en que se hallaba sumido. Es este un espeluznante capítulo, repleto de datos ponderados y hechos contrastados, pese a su tono narrativo que lo hace tan interesante. Permite aquilatar la ingente labor que hubieron de realizar los belgas—a veces contra viento y mareas internacionales—para aniquilar o atajar en ese inmenso territorio, de casi dos millones y medio de kilómetros cuadrados, las endemias, la esclavitud, las luchas tribales feroces, la antropofagia, las prácticas bárbaras, etc., que, sin embargo, eran allí circunstancias absolutamente normales. Con páginas como éstas, Julio Cola Alberich presta un gran servicio a la verdad histórica, pues sabido es que el obsesivo afán de denigrar toda la obra colonial lleva a afirmar extremos tan peregrinos cuales la vida idílica de los habitantes de los territorios ex coloniales antes de la intrusión de los europeos. Julio Cola Alberich no entona por ello un himno de alabanza absoluta a los colonizadores. Sus errores, sus abusos, sus fallos, no se le escapan. Es más, los señala uno por uno. Y con ello nos referimos singularmente a los cometidos por las empresas particulares y asimismo por la Administración, que, si bien cuando se promulgó la Carta Colonial de 1908 pisaba terreno firme, por estar dicha Carta adecuada a las circunstancias, más tarde fué quedándose a la zaga de la realidad circundante. De suerte que la evolución que fué produciéndose en el país no sólo no la supo *prever*, sino que no la supo *ver*, lo cual llevó a la Administración a perder eficacia para gobernar ese inmenso territorio y preparar el futuro.

Estudiado lo que Bélgica halló en el Congo y cómo se esforzó por cambiarlo, Julio Cola Alberich hace un «Balance de la acción de Bélgica», modelo de mesura y equidad, de la que resulta a grandes rasgos que el fallo principal de la metrópoli fué su casi exclusiva preocupación por el desarrollo material del territorio—plenamente logrado—

RECENSIONES

y, por ende, de sus habitantes, con un sensible descuido de sus exigencias morales, intelectuales y políticas. El «paternalismo» belga, excelente, eficaz y válido en los principios de la colonización, se convirtió, al pasar del tiempo, en autosatisfacción o «buena conciencia» belga, siempre fuente de inmovilismo o adormecimiento que conduce a desenlaces improvisados o apresurados. Estas conclusiones—que no son sólo válidas para el Congo—resultan de la lectura del capítulo dedicado a este aspecto concreto de la cuestión; capítulo ampliamente arropado en cifras, fechas y datos que ponen en evidencia cuanto hizo Bélgica en orden al bienestar de la población que administraba en materia de enseñanza, de sanidad, etc. Todo ello se inscribe incuestionablemente en el «haber» de ese desapasionado balance. En el «debe» está el ya señalado error de no conceder ninguna responsabilidad política a los congoleños capacitados para asumirlas, siendo éstos condenados a desempeñar el papel de sempiternos menores de edad. También se señala una segregación racial que tenía visos de discriminación, si no en teoría, por lo menos en la práctica, «precisamente, en los sectores clave: centros educativos, servicios médicos, etc.». En cuanto a la labor de Bélgica en orden a Obras Públicas, Agricultura, Minería, Industria, etc., descrita sobre la base de datos conseguidos en fuentes de segura información (al final de cada capítulo figura la bibliografía manejada y las fuentes utilizadas), aparece abrumadora. Pero cuando Julio Cola Alberich estudia «Las limitaciones de la acción colonial belga», la balanza vuelve de nuevo al fiel...

Esas limitaciones, singularmente la parsimonia y lentitud con que Bélgica se ocupó del desarrollo político de los congoleños, se dan, desde el final de la segunda guerra mundial, en el contexto de un Continente donde soplan recios vientos de independencia. Estos no podían por menos que sacudir el Congo, por grande e indiscutible que fuera el bienestar allí existente y positivas las ventajas materiales de que gozaban sus habitantes, extremo este que los mismos nacionalistas africanos (señaladamente Padmore y el propio Lumumba) no dejaron de reconocer. El Congo, pues, empezó a sentirse incómodo, luego impaciente, luego irritado... Julio Cola Alberich desmonta el mecanismo de ese complicado país hasta dar con la pieza, de hecho pequeña, que descompuso la bien engrasada y cuidada máquina. Lo hace con delicadeza de relojero y precisión de matemático que desarrolla un problema ante sus alumnos. Y así se evidencia que, perdido por Bélgica el paso de la Historia, todas sus iniciativas se fueron quedando detrás de la realidad que cabalgaba al galope, como azuzada por tranquilidad belga.

El drama de la independencia (que tal se puede calificar a la independencia del Congo), de hecho, empezó «ante la independencia», pues en este período se diseñó, difuminada, pero visible, lo que había de ser la República del Congo: partidos y «partiditos» surgidos de la flora tribal, aunque con nombres y siglas occidentales, jefes y jefecillos, intrigas, luchas, apetencias de poder... Julio Cola Alberich se pasea, y nos pasea, por ese enmarañado mundo, ello sin una vacilación, sabiendo separar, con gran precisión mental, lo esencial de lo accesorio, lo fundamental de lo secundario y señalando las líneas de fuerza que existen, pese a las apariencias, en toda situación por confusa que parezca. Cuanto ha acaecido desde julio de 1960, en que fué proclamada la República del Congo (El Gobierno de Lumumba; El Colegio de Comisarios y el Gobierno Provisional; El Gobierno Adula; El fin de la secesión de Katanga) se nos impone tan lógico, tan implacablemente lógico, dentro del horror, la angustia y la miseria derivados del caos, que casi se sentiría el goce intelectual que causa una suma «que cuadra». Sin admitir el determinismo histórico, Julio Cola Alberich nos muestra la serie de causas concatenadas que llevaron inevitablemente a un cierto resultado: el de que Bélgica se viera desbordada por una situación que no supo evitar ni atenuar, aunque tuvo hombres capacitados (recordamos singularmente a Van Hemelrijck), pero éstos no lograron sacar de sus pasos contados ni al Gobierno belga, ni a la opinión, ni siquiera a los colonos que, sin embargo, tenían ante sí, viva y candente, la realidad.

Tales antecedentes, considerados objetivamente, reflexivamente, lo cual excluye un sistemático optimismo más o menos bobalicón, tornan a Julio Cola Alberich muy

RECENSIONES

cauto a la hora de las conclusiones. El Congo plantea un interrogante, tanto más angustioso cuanto que no se trata de una isla rodeada por un mar en calma. De ahí que el autor de *El Congo* concluya su obra haciendo una serie de pertinentes y sensatas observaciones al modo potencial.

Prologa esta obra el conocido teórico de los problemas coloniales, José María Cordero Torres, quien se limita a presentarla por estimar—y así lo dice—que *El Congo (1885-1963)* tiene peso específico suficiente como para no necesitar un espaldarazo. Y dice bien. En efecto, aunque en España la bibliografía sobre temas africanos fuera muy nutrida, muy apoyada y muy coreada, cual en otros países, la última obra de Julio Cola Alberich tendría singular valor. A este valor intrínseco hay que añadir la prueba evidente de puro amor intelectual hacia esos temas que nos da el brillante autor de *El Congo (1885-1963)*».